

LOS PARQUES DE INFANCIA

◀ CARLOS ALEJANDRO PONZIO DE LEÓN*
elsurelsur@elsur.com

A los pocos minutos de haberlo abordado, el Prof decidió bajar del taxi, lejos de su destino. Divisó el parque bordado de césped, las fuentes brotando recuerdos, y el café Pete's en frente: pensó que era el momento para introducirse en él. Se situó rápidamente frente al postigo corredizo del lugar, tocó sobre el vidrio, corrió la puerta y dio unos pasos adentro, encontró un lugar frío, sin mesas elegantes y con solo tres mujeres como las únicas comensales.

Colocó su portafolios en una silla y se sentó en la otra. El televisor colgado de la pared proyectaba videos musicales de los años ochenta del siglo pasado. Ordenó un té chai sin preguntar por su precio. Desde afuera se escuchó pasar un autobús repleto de niños regresando, de la escuela, a sus casas. Le pareció una abominación que algunos de aquellos chiquillos tuvieran que despertar diariamente a las cinco de la mañana para que el transporte escolar los recogiera en el camino a la escuela. Un recorrido que tomaba cerca de hora y media para recolectar a todos los estudiantes.

El Prof sacó de su maletín una libreta y un paquete de partituras con melodías para su clase de solfeo con los adolescentes, todas escritas en algún tipo de escala pentafónica, con ritmos que empleaban las sílabas del sistema

* Ha publicado medio centenar de microficciones en el periódico regiomontano *El Porvenir* y es autor de diversos proyectos que combinan texto, imagen y sonido, entre ellos: *¿Qué significa estar vivo?* (<http://www.elsurelsur.com/que-significa-estar-vivo/>). Sus composiciones musicales han sido interpretadas en diversos foros: entre ellos, el Foro Internacional de Música Nueva Manuel Enríquez, organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes. Es doctor en Economía por la Universidad de Harvard y ha publicado diversos ensayos académicos sobre la relación entre arte y economía.

Takadimi. Dio un sorbo a su bebida caliente y se sintió personalmente orgulloso del logro del compositor húngaro Zoltán Kodály y de su sistema de enseñanza musical, y también pensó en la reunión que tendría al día siguiente en una escuela privada, donde presentaría su metodología de enseñanza musical, una escuela secundaria que contaba con tres pianos.

Ya se había hecho, estaba convencido con la idea de que dejaría la escuela pública, situada frente al viejo parque con juegos, y de que muy pronto recibiría una mejor paga. Tomó su celular y le marcó al Doc. Allá en Allende, aquel cargaba en esos momentos con un amplificador para guitarra eléctrica que utilizaba en su clase de conjuntos musicales en la primaria donde enseñaba.

—¿Ya estás listo? —le preguntó el Doc al Prof.

—Nervioso por la directora de la escuela —respondió el Prof. Apretó los labios y dio un trago más largo a su té.

En el colegio que visitaría, ya habían probado suerte tres maestros de música y ninguno había tenido éxito aplacando a los muchachos. Por problemas de disciplina, la dirección decidió suspender la clase de música, definitivamente, hasta encontrar un profesor con amplia experiencia controlando juventudes desbordadas. Y es que en la última sesión de clases del último profesor de música, un pupitre había salido volando desde dentro del salón hasta el pasillo.

La escuela pública en la que el Prof enseñaba hasta ese momento era distinta: no estaba situada en un lujoso edificio, ni cerca del área de edificios corporativos de la ciudad, sino junto a un viejo parque con juegos y bancas, que de alguna manera le resultaba familiar, veía de sus fuentes brotar recuerdos, y el césped lo creía bordado. Por las noches, a él acudían parejas de novios para besarse bajo la sombra de algún árbol que les tapaba la luz de las farolas.

Y antes del anochecer, en ese parque y a las cinco de la tarde, ya cuando el sol bajaba, los niños que vivían cerca de la escuela jugaban “*stop*” en la calle. De la memoria de su propia niñez, el Prof recordó las reglas: se colocaba un pie dentro de un círculo dibujado que estaba particionado en secciones, las cuales representaban los territorios de los países elegidos, uno por cada niño. Alguien decía en voz alta: “declaro la guerra en contra de mi peor enemigo que es...”, por ejemplo, “¡Estados Unidos!”, y el grupo salía disparado corriendo, como liebres en campo abierto; excepto el niño que representaba al país al que se le había declarado la guerra. Él debía dar unos pasos hacia adelante hasta colocarse en el centro del gran círculo que representaba al planeta Tierra y gritar: “*istop!*”, y todo el mundo quedaba quieto. Desde ahí, desde el centro de la Tierra, aquel debía adivinar la distancia del círculo a la ubicación de cualquiera de los otros niños, anunciando por adelantado y en voz alta la distancia, medida de manera precisa en número de pasos

gigantes, y el restante en número de pasos de hormiga. Si atinaba, el adversario perdía su oportunidad de continuar el juego o recibía puntos negativos. El Prof solía elegir a Italia como su propio país.

En el Pete's, antes de pedir la carta, el Prof dibujó en su rostro una sonrisa. Recordó la historia de las cuerdas y cuerdas que caminó junto a su prima a los diez años, en busca de un parque con juegos; y justo cuando lo encontraron, vieron pasar por la calle el auto de la madre que iba en dirección de casa de los tíos, a recogerlo. “¡De regreso!”, gritó la niña. Nunca más tuvieron oportunidad de salir en busca del mismo parque, con esos juegos que ellos soñaban. Y ahora, de adulto, cada vez que sonaba el timbre de salida y caminaba por la puerta grande, el Prof presentía que el parque que tenía cerca, frente al Pete's, se trataba del mismo de su infancia.

Un tirabuzón, una curva, una línea recta: pichadas dibujadas por la pelota de béisbol. En su memoria aparecían quince o veinte niños jugando en el parque frente a su casa paterna. El catcher pertenecía al equipo rival (se jugaba sin catcher del equipo propio), y sólo se encargaba de detener la bola cuando pasaba al bateador. En realidad, el catcher no cubría la base.

El Prof, de niño, contribuía al partido con varios guantes y pelotas de juego. Era su deporte preferido. Tras una vitrina en la sala de su casa, podía encontrarse la bola firmada por los Sultanes de Monterrey, incluyendo la firma del gran Héctor Espino. Y de pronto, en el Pete's, su memoria traía a cuento las gradas de un parque profesional de béisbol y una lona gigante que ondeaba en la tribuna. Era el turno del gran beisbolista de Monterrey, ese año se retirará del deporte.

Tony se acerca al *dogout* y enseña una pelota al *batboy*. Le pide que se la firme. El muchacho, apenado por no ser un beisbolista profesional, entra en la caseta con pelota en mano y consigue la firma de todo el equipo. El Prof recuerda la anécdota con agrado.

Y unos instantes antes de haber entrado al Pete's, el Prof había encontrado junto a la acera un vendedor de billetes de lotería con la imagen de un estadio de béisbol. Se quedó ensimismado, mirando tras la vitrina del vendedor, fue ya en edad adulta que Tony compró varias pelotas de béisbol para que se las firmaran sus padres. Un truco recomendado por un viejo amigo para engañar al cerebro con ese objeto, y sentirse seguro.

Frente al vendedor de boletos de lotería, el Prof mete la mano al malecón y encuentra la pelota de béisbol que suele tener en su escritorio, en su cubículo de escuela. Y es que sus padres nunca lo dejarían solo. Él lo sabe al recordar un partido de niñez en que le tocó batear, su padre observaba desde la orilla del parque una jugada cerrada en primera base. Que si llegó *safe*, que si llegó *out*. El equipo contrario preguntó al padre de Tony, y aquel jamás lo traicionaría: fue *safe*.

Así es que ahora, en el Pete's, abrazaba la pelota de béisbol, la que solía guardar en su cubículo y cuya tinta, desde hacía meses, era consumida poco a poco por los rayos del sol. La dejará nuevamente en su cubículo, de cualquier manera, jamás pensaría desgastar otra pelota de entre las firmadas. Tampoco hay manera de salvar la que tiene ahí.

El Prof respira profundo.

—Huele a tabaco encendido —le dice al Doc por el auricular, y da otro sorbo a su té.

Gira la espalda y su cuerpo queda de frente a las tres mujeres del Pete's, se trata de dos hermanas que son vendedoras ambulantes, y de la hija de una de ellas. Quizás la joven estudie una carrera. Reflexiona el Prof que debería conseguirse una novia, joven, bella y sin muchas ambiciones. Piensa en sus alumnas de secundaria y en lo que el futuro habrá de depararles, intenta imaginarlo, verlo dibujado sobre la pelota de beisbol como si se tratara de una esfera mágica.

—¡No encuentro las partituras! —le dice el Prof al Doc, y continúa— ahorita las tenía conmigo.

Las busca dentro del maletín y a los pocos segundos las encuentra regadas en el piso, siente como si hubiese extraviado un montón de billetes hallándolo en su bolso momentos después.

—¿Qué te tiene nervioso? —le pregunta el Doc desde Monterrey.

—¿Te conté del robo en la escuela, cuando yo iba en secundaria? —El Doc respondió negativamente—. Pues la historia es que alguien se agenció los ahorros acumulados para la fiesta de fin de año, y se me culpó a mí. Gracias a una estudiante que dio un chisme falso, todos los compañeros creyeron que yo era el sospechoso número uno, y ahí quedó el asunto, por siempre. Nadie desmintió aquello.

—¡Ah... sí me contaste!, y que luego descubriste a la niña diabólica y nadie te peló.

—Sí, era una compañerita que solía leer la biblia a la hora del recreo.

La verdadera ladrona había crecido, estudiado una carrera y formado una familia. Y fue la prima del Prof quien le platicó: “¿te acuerdas de Hilda? Pues corrió el rumor de que su hijo mató a otro niño. Los padres de la escuela protestaron porque sus hijos le tienen miedo, y lo tuvieron que cambiar de secundaria; y luego sucedió lo mismo, se creó el rumor en el nuevo colegio y lo tuvieron que volver a cambiar. El asunto no para. Ya llevan como cinco escuelas”.

El Doc, desde Monterrey, escuchaba atento la historia, hasta que la llamada se cortó. Mala conexión. El Prof intenta volver a marcar, sin éxito. Coloca el teléfono sobre la mesa y suspira, recuerda la tarde de pedradas en el parque frente a la casa de su prima. Hay un niño locuaz lanzándole piedras

desde su propia casa. Él intenta defenderla. Se acuclilla detrás de una banca para protegerse y logra localizar una piedra pequeña. La toma y decide lanzarla, saca la cabeza para situar el objetivo cuando la piedra enemiga golpea su cabeza. Fin de la guerra de pedradas.

Ya como adulto y en el Pete's, el Prof piensa en aquel niño enemigo. Vivía junto a la escuela cerca de casa de su prima, en una calle que los niños evitaban de noche porque nadie quería acercarse a ella, se decía que, desde algún salón oscuro, se escuchaban los gritos de la Llorona clamando: "ay, mis hijos".

Suena el celular del Prof, el Doc está marcando desde Allende.

—¿Y qué tiene que ver la niña diabólica con tu cita de mañana? —pregunta aquél.

—Acabo de recibir el nombre de la directora de la escuela... estará mañana en la clase muestra, y coincide con el nombre de la niña diabólica... Hilda.

—¡No, mi Prof, no creo que sea la misma!, —dijo relajadamente el Doc, y continuó— el mundo no funciona así.

Esas palabras lograron que la tarde transcurriera de manera tranquila para el Prof, sin mayor ansiedad. Llegada la noche, se acostó temprano para amanecer con nuevos bríos, confiado en que el mundo le tendía una nueva oportunidad.

Por la mañana, llegó treinta minutos temprano a la cita. Para su sorpresa, al bajar del taxi, encontró un parque frente a la nueva escuela. Caminó por la orilla y luego decidió adentrarse, encontró juegos para niños. Al recorrerlos, sintió la energía de una nueva infancia y su corazón palpar como un metrónomo a 120 negras por minuto. Tiempo compuesto para el resto de su vida.